

llegado ninguno ; al ver cómo sabe expresarse de modo que todo el mundo le entienda...

— Tambien yo le he entendido muy bien, — prorumpió la otra niña.

— Calla, tonta. ¿ Qué has de haber comprendido tú?

— ¡ Toma ! ¿ No conocí yo que estaba explicando el Evangelio en lugar del señor Cura?

— ¡ Calla ! te digo. No hablo de los que saben leer, porque estos tienen obligacion de entender : pero hasta los más zotes comprendian el sentido perfectamente. Sin embargo, vayan ustedes ahora á preguntarles si sabrian repetir sus palabras. ¡ Qué ! ni dos solas. No obstante, lo que es el sentido bien claro estaba para todo el mundo. Sin nombrar jamas al señor del castillo, bien se echaba de ver que hablaba de él : y, en fin, para comprenderle bastaba observar cuando se le arrasaban los ojos en lágrimas. Entónces, ¡ qué de llantos, qué de sollozos en toda la iglesia !

— Es verdad, — dijo el niño ; y ¿ por qué lloraban todos como si fueran muchachos ?

— ¡ Chiton ! Y en verdad que hay corazones bien duros en esta tierra. Hizo ver con mucha claridad que, á pesar de la carestía, es preciso dar gracias al Señor, trabajar mucho, ayudarse unos á otros y vivir contentos : porque no es una desgracia el pasar trabajos, ni el ser pobre ; no, señor. La desgracia es obrar mal. Y no son las suyas sólo buenas palabras, pues se sabe que vive como un pobre, y se quita el pan de la boca para darlo á los necesitados, cuando podria vivir regaladamente mejor que otro alguno. Así, así es cuando da gusto oír predicar á un sujeto de su clase, y no como muchos que dicen : « Haz lo que te digo, y no lo que hago. » ¡ Buena razon por cierto ! El ejemplo es lo que más vale. Tambien hizo ver que hasta los que no son señores, si tienen algo más de lo necesario, están obligados á repartirlo con los menesterosos.

Aquí interrumpió su plática como si le ocurriese algun pensamiento improvisado : se mantuvo cabizbajo un momento ;

luego de lo que habia en la mesa dispuso un plato, y poniendo sobre él média hogaza de pan, lo envolvió todo en una servilleta, y cogiéndola de las cuatro puntas, dijo á la mayor de sus chicas :

— Toma, — y dándole en la otra mano una botella de vino, añadió : — Véte á casa de la tia María la viuda, y dá-selo todo, diciendo que es para que celebre este dia con sus niños, ¿ estás ? y cuidado que lo hagas bien, de modo que parezca expresion y no limosna. Si te encuentras con algun conocido, no le digas nada, y mira no rompas algo.

Enterneciósese Lucía, asomando las lágrimas á sus ojos, y experimentando al mismo tiempo singular regocijo, pues las razones precedentes le habian causado tal consuelo, que quizá no lo hubiera producido igual el sermón más acabado.

Entró de ahí á poco el Cura del pueblo, diciendo que le enviaba el Cardenal para que le llevase nuevas de Lucía, á quien su Ilustrísima queria ver aquella misma tarde. Dió luego gracias á los dos esposos, y conmovidos entrambos y Lucía, no encontraban palabras con que corresponder á tantas bondades.

— ¿ Y tu madre no ha llegado aún ? — preguntó á Lucía el Párroco.

— ¡ Mi madre ! — exclamó esta ; mas oyendo que de órden de su Ilustrísima se la habia mandado venir, se cubrió el rostro con el delantal y prorumpió en un copioso llanto, que no cesó sino mucho despues de haber salido el Cura.

Apénas los tumultuosos afectos que excitó en su ánimo aquella noticia dieron entrada á pensamientos más sosegados, se acordó de que la próxima satisfaccion de ver á su madre, satisfaccion que pocos minutos ántes no se hubiera atrevido á esperar, la habia implorado expresamente en su mayor apuro, poniéndola casi como condicion del voto, cuando dijo : « Haced que vuelva libre al lado de mi madre : » y estas palabras se presentaron vivamente á su memoria. Con esto se confirmó en el propósito de mantener su pro-

mesa, y consideró como un cargo de conciencia su disgusto y momentáneo arrepentimiento.

En efecto, cuando se estaba hablando de Ines, ya estaba en camino, y muy cerca del lugar. Fácil es figurarse cómo quedaría la infeliz al recibir aviso tan inesperado, junto con la noticia imperfecta y confusa de un peligro horroroso y de un suceso oscuro que no supo explicar el mensajero, y del cual no tenía el menor antecedente en que fundar conjeturas. Después de haberse puesto las manos en la cabeza; después de haber exclamado repetidas veces: « ¡Dios mío! ¡Virgen Santísima! » después de haber hecho al comisionado mil preguntas á que no pudo responder, se entró precipitadamente en el carro, sin dejar en todo el camino sus exclamaciones é infructuoso interrogatorio. Pero al llegar á cierto paraje se encontró con D. Abundo, que caminaba paso á paso con su baston. Paróse el Cura, y prorumpiendo entrambos en una interjeccion de sorpresa, se apeó la mujer, y retirados los dos á un castañar próximo al camino, le contó D. Abundo cuanto habia oído y lo que habia visto por sus ojos. No quedaba, á pesar de esto, la cosa muy clara; pero al cabo era lo bastante para que Ines quedase segura de que su hija estaba libre de riesgos.

Quiso en seguida D. Abundo entrar en otra materia, y dar á la madre de Lucía ciertas instrucciones acerca del modo de conducirse con respecto al Cardenal, si este, como era probable, deseaba ver á entrambas, á fin de que no le hablasen del casamiento, como cosa inoportuna; pero conociendo Ines que D. Abundo sólo trataba de su propia conveniencia, le dejó plantado sin ofrecer cosa alguna, ó, por mejor decir, sin comprometerse á nada, y despidiéndose de él, prosiguió su viaje.

Llega por fin el carro y se para á la puerta del sastre. Levántase Lucía atropelladamente, se apea Ines con igual precipitación, y se arrojan en los brazos una de otra.

La buena mujer, que se hallaba sola en casa, las alienta, las tranquiliza, se congratula con ambas, y con prudencia y

discrecion las deja solas á pretexto de disponer una cama, pues tenía proporcion para ello; aunque si así no fuese, ella y su marido hubieran dormido en el suelo, ántes que permitir que fueran á hospedarse á otra parte.

Pasado aquel primer desahogo de abrazos y sollozos, quiso saber Ines la funesta aventura de su hija, quien se dispuso dolorosamente á contársela por menudo. Pero el lector sabe muy bien que esta era una historia que ninguno sabía por entero, conteniendo incidentes oscuros é incomprensibles para la misma Lucía, y sobre todo la fatal combinacion de haberse encontrado en el camino con el funesto coche cuando justamente por una extraña casualidad iba Lucía pasando por él.

Acerca de este punto, la madre y la hija se perdian en conjeturas, sin atinar, ó, más bien, sin dar ni aproximadamente en el hito. Por lo tocante al autor principal de la trama, ni una ni otra pudieron ménos de creer que fuese D. Rodrigo.

— ¡Ah, desalmado! ¡Hombre perverso! — exclamaba Ines: — tambien le llegará la suya, y el Señor le pagará sus obras. Entónces verá...

— No, madre, no, — interrumpió Lucía. — No le desee usted mal ninguno: no, ni á él, ni á nadie. ¡Si supiera usted lo que es padecer! ¡Si lo hubiese experimentado! Roguemos más bien por él, pidiendo á Dios que le toque en el corazon, como lo ha hecho con ese otro pobre caballero, que dicen que era peor, y ahora es un santo.

La repugnancia de Lucía á renovar memorias tan penosas y recientes, fué parte para que más de una vez suspendiera su relacion, faltándole en várias ocasiones el ánimo para continuarla. Por fin, después de muchas lágrimas volvió á tomar el hilo á duras penas, aunque por diferente sentimiento hubo de suspenderle en cierto paso, á saber, el del voto. El temor de que su madre la tachara de precipitada ó imprudente, ó de que, cómo en el asunto del casamiento, sacase á colacion alguno de sus registros de ancha conciencia, ó bien porque, como mujer sencilla, en el hecho de confiar á álguien

su secreto, aún cuando sólo fuese para tomar parecer, diese margen á que se divulgase, cosa que hasta en idea la avergonzaba y llenaba de rubor : todos estos motivos juntos la decidieron á callar aquella circunstancia importante, proponiéndose consultar primero con el P. Cristóbal. Mas ¡cómo se quedó, cuando, preguntando por él, supo que le habian enviado á un país remoto, cuyo nombre no supo individualizar su madre!

— Y Lorenzo... — dijo Ines.

— Está en paraje seguro : ¿no es verdad? — exclamó Lucía.

— Es cierto, sin duda, porque todos lo dicen. Parece ser que pasó á territorio de Bérgamo ; pero el pueblo de su residencia no se sabe de fijo, y él hasta la presente hora no ha dado á nadie razon de su persona. Preciso es que no haya encontrado ocasion oportuna.

— ¡Ah! ¡ Si está en paraje seguro, — dijo Lucía. — loado sea el Señor!

Y procuraba mudar de conversacion, cuando fué interrumpida por una novedad inesperada, á saber, la presencia del Cardenal-arzobispo.

Vuelto este de la iglesia donde le dejámos, supo de boca del caballero sin nombre la libertad de Lucía. Estando ya entónces puesta la mesa, se sentó á ella, colocando á su derecha al caballero entre un corro de clérigos, que no se cansaban de mirarle á hurtadillas, sorprendidos de ver aquel semblante, manso sin debilidad, y humilde sin abatimiento, y de compararle con la idea que de antiguo se habian formado de aquel personaje.

Acabada la comida, se retiraron juntos el caballero y el Cardenal, y despues de un coloquio más largo que el primero, se despidió aquél para su castillo. Montó en la misma mula en que habia venido por la mañana, y así que partió, mandó llamar el Arzobispo al Párroco, diciéndole que deseaba ir á la casa donde estaba Lucía.

— ¡ Ah, señor ilustrísimo! Yo haré que venga aquí al

momento con su madre, si ha llegado ya, y tambien sus huéspedes, si usía ilustrísima gusta.

— Quisiera ir á verlos yo mismo, — replicó el Cardenal.

— ¿ Pero qué precision hay de que su Ilustrísima se moleste, cuando al menor aviso vendrán aquí todos volando? — repuso el Párroco, harto pesado, aunque por otra parte buen hombre, que no conocia que el objeto del Cardenal era honrar con aquella visita la desgracia, la inocencia, la hospitalidad, y hasta su propio ministerio.

Pero habiendo este insistido en su determinacion, calló el Cura, y bajando la cabeza, salió tras él á la calle.

La gente que los vió empezó á reunirse y á seguirlos, formándose tal concurrencia que en pocos minutos se vieron cercados. No cesaba el Cura de decir á los concurrentes : « Señores, paso, apartarse : ¡ qué importunidad es esta! » El Cardenal, por el contrario, decia : « ¡ Dejadlos, nada importa; dejadlos : » y entre tanto continuaba su camino, ya levantando la mano para bendecirlos, ya bajándola para acariciar á los muchachos que se le metian entre los piés. De este modo llegaron á la consabida casa, donde entraron, quedándose la gente agolpada á la puerta. Entre la multitud se hallaba tambien el sastre, que, como los demas, los habia ido siguiendo con la boca abierta sin saber adónde se encaminaban. Cuando vió aquel *adónde* tan inesperado, se abrió paso con estrépito, gritando : « Dejen ustedes pasar á quien corresponde, » y se metió en su casa.

Oyeron Ines y Lucía el murmullo de la calle que se acercaba por momentos, y miéntras discurrían cuál pudiera ser la causa, vieron de improviso abrirse la puerta, y entrar el Arzobispo y el Párroco.

— ¿ Es esta? — preguntó el primero al segundo, y á una señal afirmativa con que respondió el Cura, se dirigió á Lucía, que estaba inmóvil al lado de su madre, y muy avergonzadas una y otra.

Mas no tardaron en animarlas el tono de voz, la presencia, el continente, y sobre todo las palabras del Prelado.

— ¡Pobre jóven! — dijo : ¡pobre jóven! Dios ha permitido que pasaras por una gran prueba; pero te ha hecho ver que no estaba olvidado de ti, ni pensaba abandonarte. Léjos de eso, te ha puesto en lugar seguro, y se ha servido de ti



¡Pobre jóven! — dijo : Dios ha permitido que pasaras por una gran prueba.

para una grande obra, cual es usar de su misericordia con un descarriado, y aliviar á muchos infelices.

En esto se presentó el ama de la casa, que oyendo el rumor de la calle, se habia asomado á una ventanilla del segundo piso, y al ver quién entraba, bajó atropelladamente despues

de haberse aliñado un poco. Al mismo tiempo entraba el sastre, y los dos, viendo empeñado el coloquio, se quedaron en un rincon de la pieza con el mayor respeto. El Cardenal despues de saludarlos muy cortesmente, siguió hablando con las dos forasteras, interpolando con las expresiones de consuelo várias preguntas, deseoso de hallar en las contestaciones ocasion de hacer bien á quien tanto habia padecido.

— ¡Ojalá fuesen todos los curas como vuestra señoría, mirando más por los pobres, y no contribuyendo á meterlos en embrollos, por quedarse ellos fuera! — dijo Ines, animada al ver la bondad y llaneza del Arzobispo, é incomodada al pensar que D. Abundo, despues de haber sacrificado á los demas, tratase de impedirles un leve desahogo, cuando la casualidad se lo proporcionaba.

— Decid francamente cuanto se os ofrezca, — contestó el Cardenal.

— Quiero decir, — prosiguió Ines, — que si el señor Cura de nuestro lugar hubiera cumplido con su obligacion, otro gallo nos cantara.

Instóla de nuevo el Cardenal para que se explicase, y ella se halló apurada al tener que contar una historia en que habia hecho cierto papel que le costaba repugnancia descubrir, especialmente á un personaje como el Arzobispo. Salió no obstante del aprieto lo mejor que supo, permitiéndose ciertas omisiones; pero no la resistencia de don Abundo á realizar el matrimonio, ni el pretexto de los superiores con que se habia escudado. Saltando de aquí (¡ah, Ines, Ines!) al atentado de D. Rodrigo, añadió que, por haber sido avisados lograron escaparse, y concluyó en estos términos :

— Sí, señor; escapámos de aquella, pero para caer en otra. Si en aquel caso el señor Cura nos hubiese dicho francamente lo que pasaba, y hubiese casado á mis pobres hijos, nos hubiéramos ido todos juntos secretamente á paraje lejano, de donde ni el aire hubiese traído noticias nuestras.

— Ya haré yo que el señor Cura me dé razon de este embrollo, — dijo el Arzobispo.

— No, señor; no, señor, — prosiguió Ines. — No lo digo yo por eso. Nada le diga vuestra señoría : lo que pasó, pasó, y á lo hecho pecho. Y luégo ¿de qué serviría? Es un hombre así, y en igual ocasion obraría de la misma manera.

No satisfecha Lucía del modo con que su madre refirió su historia, añadió :

— Tambien nosotras hicimos mal. Se ve que no era la voluntad del Señor que el casamiento se verificase.

— ¿Pues qué mal has podido hacer tú, inocente? — preguntó el Cardenal.

Lucía, á pesar de las miradas que á hurtadillas le echaba su madre, contó la tentativa hecha en casa de D. Abundo, y concluyó diciendo :

— Obrámos mal, y Dios nos ha castigado.

— Aceptad como cosa de su mano las tribulaciones que habéis padecido, y cobrad ánimo, — dijo el Cardenal, — porque ¿quién tendrá más motivo de alegrarse y de esperar que los que han sufrido pesadumbres y se confiesan culpados?

Preguntó despues por el novio, y sabiendo de Ines (pues Lucía callaba con los ojos bajos) que estaba fugitivo, manifestó admiracion y disgusto, y queriendo saber la causa, refirió Ines lo poco que sabía de la historia de Lorenzo.

— He oido hablar de ese hombre, — dijo el Cardenal, y no comprendo cómo un sujeto complicado en asuntos de tan mala especie, andaba en tratos de casamiento con una jóven como esta.

— Era un mozo muy bueno y honrado, — contestó con voz firme Lucía, poniéndose al mismo tiempo colorada.

— Sí, señor, — añadía Ines; sí, señor; era demasiado bueno. Y esto puede vuestra señoría preguntarlo al mismo Cura. ¿Quién sabe las tramas que se habrán urdido por allá? ¡Es menester tan poco para que á los pobres se les haga parecer bribones!

— Es mucha verdad, — dijo el Arzobispo. — Basta : yo me informaré de todo.

Y apuntando nombre y apellido, añadió que pensaba pasar

á su pueblo dentro de pocos dias, que entónces Lucía podria volverse sin temor, y que entre tanto le buscaria un asilo seguro hasta que todo estuviese arreglado.

Volvióse luégo á los amos de la casa, que entónces se le acercaron algo más y reiterándoles las gracias que ya les habia dado por conducto del Párroco, les preguntó si tendrían inconveniente en retener por algunos dias aquellos huéspedes que Dios les enviaba.

— ¿Inconveniente? no, señor, — contestó la mujer con una voz y un semblante más expresivos que su lacónica respuesta, embargada por la cortedad.

Pero el marido, animado por la presencia de tan alto personaje, y la gana de lucirlo en tan solemne ocasion, estaba discurriendo una brillante respuesta. Arrugó, pues, la frente, levantó los ojos, frunció los labios; pero á pesar del tropel confuso de ideas que se le presentaron, sólo pudo echar fuera esta expresion : « ¿Cómo, señor, nos habíamos de negar?... » sin ocurrirle otra cosa, por lo que no sólo entónces quedó corrido, sino que en lo sucesivo jamas pudo recordar aquel lance sin humillacion y disgusto. Despidióse el Cardenal diciendo : « ¡La bendicion del Señor sea por siempre en esta casa! »

Preguntó por la noche al Párroco cómo podria recompensar de un modo decente á aquel honrado artesano por su hospitalidad, que en aquella época de escasez le sería gravosa forzosamente, y sobre todo tratándose de un hombre que, segun las apariencias, no era rico.

— Verdad es — contestó el Párroco — que las utilidades de su profesion y el producto de una corta heredad que posee el buen sastre, no bastarán este año para ponerle en estado de hacer grandezas; pero mediante algunos ahorros de los anteriores, es de los más acomodados del pueblo, y se halla en el caso de sufrir tales gastos con el mayor gusto, con la circunstancia de que se ofenderia si se le diese dinero.

— ¿Y no tendrá algunos créditos contra gentes pobres que no puedan pagarle?

— ¡Oh! eso sí. ¡Figúrese su Ilustrísima cómo habrán podido pagarle este año los que apenas tuvieron cosecha el anterior.

— Pues bien, — repuso el Cardenal : — á mi cargo corren esas deudas, de que usted me hará el gusto de pedirle una nota.

— Debe ser cantidad no pequeña.

— Mejor. ¿Y no habrá también algunos que, si nada le deben, es porque no ha habido quien les fie ?

— ¡Oh, señor! de esos no faltan en tiempos tan fatales, aun cuando uno hace cuanto puede...

— Haced que los vista de mi cuenta, y pagádselo sin mezquindad, que yo abonaré el importe. Á la verdad, este año me parece robado cuanto no se emplea en pan; pero esto es un caso de excepcion.

No queremos acabar aquí la historia de aquel célebre día, sin contar brevemente cómo le dió fin el señor del castillo.

La noticia de su conversion le habia precedido en todo el valle en el cual habia causado asombro, curiosidad, disgusto y murmuraciones. Á los primeros bravos que encontró en el camino les hizo seña de que le siguiesen, y así consecutivamente á los restantes. Seguíanle todos con ánimo suspenso, pero con la misma sumision; así llegó á su castillo con gran acompañamiento. Hizo también seña á los de la puerta para que entrasen con los demas en el primer patio, donde sin apearse dió un terrible grito, que servia de señal á fin de que acudiese todo el mundo. En un instante aparecieron cuantos estaban diseminados por la casa, quedando todos en silencio mirando al amo de hito en hito.

— Id al salon grande y aguardadme allí, — les dijo, manteniéndose á caballo viendo cómo salian.

Apeóse luego, condujo por sí mismo la mula á la cuadra, y se dirigió al salon en que le esperaba aquella buena gente. Al presentarse, cesó de golpe el murmullo, y todos los bravos que serian como unos treinta, se apiñaron á un extremo de la sala, dejando al amo un gran espacio libre.

Levantó el caballero la mano, como para mandar que no

se perturbase el silencio que impuso su presencia, y alzando la frente que sobresalía por encima de todos ellos, habló de esta manera :

— Escuchadme, y ninguno me interrumpa mientras yo no



Escuchadme, y ninguno me interrumpa mientras yo no le pregunte.

le pregunte. Hijos, la senda por donde hemos caminado hasta ahora conduce al infierno. Esto no es reconvencion, la cual poca fuerza tendria en mi boca, porque soy el peor de todos; pero escuchad lo que tengo que deciros. La misericordia de

Dios me ha llamado á mudar de vida, y la mudaré ciertamente, ó por mejor decir, ya no soy el que era : hágalo así el Señor con todos vosotros,

Sabed, pues, y no lo dudéis, que estoy resuelto á morir mil veces, ántes que obrar contra su ley santa. Revoco las órdenes criminales que he dado á cada uno de vosotros; ya me comprendéis : léjos de eso, os mando que nada se ejecute de cuanto estaba dispuesto, y tened igualmente por seguro que nadie podrá hacer mal, fiado en mi proteccion, de aquí en adelante. Al que quiera permanecer aquí con estas condiciones, le miraré como hijo, y me tendré por feliz cuando el último pan de mi casa sirva para alimentar al último de vosotros, quitándomelo yo de la boca. Al que no se conformare le daré lo que le corresponda de su salario, y ademas una gratificacion, á fin de que se vaya cuando quiera : en la inteligencia que no ha de volver á poner los piés aquí, sino para mudar de vida, en cuyo caso será siempre recibido con los brazos abiertos. Para meditarlo tenéis toda esta noche; mañana os llamaré uno por uno, sabré vuestra resolucion, y os intimaré nuevas órdenes. Por ahora, cada cual ocupe su puesto, y Dios, que se ha dignado ser para mí tan misericordioso, os ilumine.

Calló él, y callaron todos. Por grande que fuese el tropel de pensamientos que bullia en aquellas cabezas, ninguno salió al semblante. Estaban acostumbrados á considerar la voz de su amo como la manifestacion de una voluntad contra la cual era inútil luchar, y aunque aquella voz anunciaba que ya la voluntad era otra, no daba á entender que se hubiese debilitado su energía. Á ninguno le pasó siquiera por el pensamiento que, por haberse convertido su señor, pudiera subírsele á las barbas, y replicarle como á otro hombre. Veian en él á un santo, pero de aquellos que se pintan con la frente erguida y la espada en la mano. No todo era temor : teníanle ademas (especialmente los que habian nacido en sus dominios, que era la mayor parte) el respeto de vasallos, y todos le miraban con cierto afecto fundado en admiracion, por

manera que en su presencia se hallaban sobrecogidos de aquella especie de cortedad que engendra el hábito delante de un superior reconocido por tal desde la niñez. Es cierto que no les eran gratas sino repugnantes las cosas que acababan de oír, pero tampoco nuevas ni extrañas para su entendimiento. Mil veces se habian burlado de ellas, no porque no las creyesen, sino por evitar y rechazar con las burlas la impresion incómoda que les causaba su recuerdo, y el miedo que les hubiera infundido su séria meditacion; y el ver ahora en el ánimo de su señor los efectos de aquel mismo miedo no dejó de hacerles mella más ó ménos durable. Agrégase á esto que los que fuera del valle supieron tan gran novedad, fueron testigos del júbilo y entusiasmo del pueblo, y de la veneracion que de improviso se granjeó su señor entre las gentes, en vez del odio y del terror que ántes excitaba su nombre.

Con esto estaban aturridos é indecisos, renegando en su interior los unos, cavilando los otros sobre el rumbo que podrian tomar en adelante; estos meditaban si tendrian esfuerzo y conformidad para ser hombres de bien; aquellos se inclinaban á serlo. Otros, por último, trataban de ganar tiempo prometiéndolo todo, á trueque de quedarse á comer un pan ofrecido con tanta cordialidad, y tan difícil de encontrar en aquella época, con ánimo de seguir despues el camino que más les conviniese. Ello es que ninguno chistó, y así que el caballero, concluda su plática, alzó la mano en señal de despedida, tomaron todos la puerta tan quietos y sosegados como una manada de corderos. Salió tras ellos el amo, y puesto en medio del patio, observó á la vislumbre que cada cual se encaminó á su puesto sin hablar palabra. Subió despues á su aposento, y tomando una linterna, reconoció las entradas y salidas, los corredores y patios, en suma, todo el castillo, y cuando vió que en todas partes reinaba el sosiego y el silencio, se fué á dormir, porque á la verdad tenia sueño.

Ejercitado toda su vida en tomar sobre sí negocios intrincados y urgentes, jamas tuvo tantos como ahora, y sin em-